

## La enseñanza del latín en Chile

"Neque concipere aut edere partum  
mens potest nisi ingenti flumine lit-  
terarum inundata."

*Petronio. Sat. Lib. xv.*

UNA discusión apasionante agitó los espíritus de los chilenos en las últimas décadas del siglo pasado: la polémica del latín. Como de todos es sabido, la lengua del Lacio, identificada con determinadas posiciones políticas, terminó por desaparecer de nuestra enseñanza secundaria en medio de una complacencia casi general. Han pasado más de cincuenta años, y para muchos, el problema del latín carece totalmente de actualidad. Pero creemos que siglo y medio de vida política independiente nos permiten juzgar sobre este punto con cierta madurez y sin ninguna clase de prejuicios. En esta actitud, ciertamente, todo el que lance una mirada retrospectiva al desarrollo de nuestra educación tendrá que reconocer que la desaparición del latín sigue gravitando como un fenómeno de enorme y candente importancia. No fue la desaparición de un idioma de los cursos de nuestra enseñanza media; fue la aceptación de una línea educacional que se ha venido desarrollando hasta nuestros días. Por eso, si se quiere tener una visión clara de las causas de la crisis actual de nuestra educación, hay que remontarse hasta el punto de partida: la desaparición del latín.

A lo largo de este trabajo trataremos de dar respuesta a cuatro preguntas fundamentales: 1) ¿Por qué desapareció el latín de nuestra enseñanza secundaria? 2) ¿Cómo se consolidó esta desaparición y qué consecuencias trajo? 3) ¿Es verdaderamente necesario reincorporar el latín a nuestros cursos de Humanidades? 4) ¿Existe algún modo concreto de resucitar el latín?

### I

¿Por qué desapareció el latín de nuestra enseñanza media?

La desaparición del latín de los planes

educacionales chilenos no fue un fenómeno aislado. Cuando Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales y otros atacaban la enseñanza del latín, posiblemente ignoraban que sus argumentos reflejaban vagamente una crisis general de los estudios clásicos greco-latinos en el ámbito de la cultura occidental.

Gilbert Highet en el capítulo XXI de su libro, *La Tradición Clásica* (Fondo de Cultura Económica, México, 1954), hace un agudo análisis de esta decadencia de los estudios clásicos durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX. Mientras, por una parte, los conocimientos sobre la antigüedad clásica aumentaban y se perfeccionaban, algo andaba profundamente mal en el estudio de los clásicos. "Eran menos", dice Highert, "los muchachos y muchachas que aprendían griego y latín en la escuela. Eran menos los estudiantes que se decidían por los cursos clásicos en la universidad. Se hacían ataques abiertos contra la enseñanza del latín y del griego en las escuelas públicas, y estos ataques casi siempre obtenían su objeto. Los reglamentos que prescriben el latín como calificación necesaria para la admisión en las universidades se relajaron o se abandonaron. Mermó la familiaridad general con la poesía, la filosofía y la historia griegas y latinas, de manera que si en los primeros años del siglo XIX se veía como la cosa más natural del mundo que un orador citara en el Parlamento a Virgilio y que un periodista escribiera un artículo de fondo para aducir paralelos ilustrativos tomados de la historia griega, hacia fines de la centuria todo eso se habría considerado como pedantería o afectación, y habría tenido poco o ningún efecto sobre el público.

La ola que hasta 1870 ó 1880 se había estado levantando más y más, vacilaba ahora, se detenía y comenzaba a retroceder con ra-

pidez cada vez mayor. Algunos veían en esto una señal de progreso. Otros concluían que se estaba iniciando una nueva era de vulgaridad en masa y de *ignorancia gótica*, como la que Pope describe al final de la *Dunciada* (Highet, op. cit. T. II, pp. 293-294). El mismo Highet señala, más adelante, las causas de estos fenómenos: el rápido avance de la ciencia, del industrialismo y del comercio internacional, que atrajeron los espíritus a realidades más concretas; la democratización de la enseñanza, que terminó por excluir el griego y el latín, lenguas difíciles y poco prácticas para la masa de un pueblo; y, como causa principal, el péximo método con que se enseñaban los clásicos. Highet cita abundantes testimonios que prueban que la enseñanza del latín y del griego se reducía a los aspectos meramente gramaticales.

Si esto sucedía en Europa, nada tienen de extraños los acontecimientos de Chile. Ya desde 1834 comenzaron los ataques contra el latín desde las columnas de *El Valdiviano Federal*. Pero en esos momentos surgió la poderosa figura de Bello que, con su autoridad indiscutida, frenó durante treinta años los ímpetus antilatinistas. Sólo la muerte de Bello, en 1865, hizo posible que Vicuña Mackenna reiniciara la adormecida polémica. Treinta y cinco años duró la agonía del latín como ramo oficial de nuestras "Humanidades". En 1876, el latín fue declarado ramo optativo por el Ministro de Instrucción Pública de aquel entonces, don Miguel Luis Amunátegui. Nuevos decretos en 1880 y 1901 acabaron definitivamente con él. Creemos que no vale la pena insistir sobre esta historia, ya estudiada por Eduardo Solar Correa en su libro, *La Muerte del Humanismo en Chile* (Nacimiento, 1934). Pero los hechos señalados y las palabras de Highet nos muestran que el latín fue víctima de una crisis general de los estudios clásicos.

Ahora bien, ¿qué sucedió en Europa después de esta crisis? La respuesta puede encontrarse en una obra de Ricardo Dávila, publicada en Chile en 1914, *Apuntes para una Biblioteca Latino-Clásica*. Dice Dávila en el prólogo: "Tales motivos... justifican el ardor con que el mundo científico en Europa y Norteamérica vuelve los ojos a la antigua Roma, el celo incansable con que los gobiernos prodigan tiempo y dinero a esta piadosa reconstitución de un pasado de gloria y que es un deber filial para las naciones de hoy nacidas de aquella que llenó el mundo con su nombre". "Así se compren-

de la enorme actividad que las grandes universidades gastan en los estudios latinos, ese irresistible impulso que lleva a las mejores inteligencias a profundizar el pasado romano". "Por obra de esta apasionada reconstitución del pasado, la historia de Grecia y Roma antiguas se nos muestra hoy bajo una nueva faz, infinitamente más verdadera, fecunda en todo género de enseñanza". Estas palabras nos muestran algo muy claro: la decadencia de los estudios clásicos en Europa fue una crisis de crecimiento. De ella el conocimiento de la antigüedad clásica salió fortalecido por un enriquecimiento de datos y una delimitación más precisa de su importancia. En Chile, en cambio, fue una crisis de muerte. Se suprimió el latín y se hicieron desaparecer prácticamente los estudios clásicos de la vida cultural.

## II

¿A qué se debió esta prolongación de las crisis de los estudios clásicos en Chile?

En Europa, se logró ver, con el tiempo, que la esterilidad de los estudios clásicos era cuestión de método, no de contenido. En Chile, se siguió achacando al contenido los defectos del método, y el desprestigio del latín y de los estudios clásicos se mantuvo.

Así, en lo que va corrido de este siglo, la situación no ha variado considerablemente. La influencia de maestros tales como Lenz y Hanssen, no se ha hecho notar, porque su posición hacia los estudios clásicos estaba seriamente afectada por la crisis que reinaba en su tiempo. Ambos pertenecen a una escuela de eruditos alemanes que, en opinión de Highet, se señalan más por su industria que por su buen gusto, y sienten una penosa obligación de dar a todo lo que tratan un carácter exclusivamente científico, lo que, en último término, termina por arruinar completamente la enseñanza de las lenguas clásicas.

A esto hay que agregar ciertos hechos decisivos en la evolución de la educación chilena. A partir de 1906, comienzan a difundirse y a adoptarse en Chile, las ideas educacionales de John Dewey, que, en conjunto, corresponden a una filosofía de la experiencia o experimentalista. Según esta doctrina, se sostiene que "la fuente, la autoridad y criterio último de toda creencia y conducta se encuentran en la experiencia humana ordinaria". "La verdadera piedra angular del experimentalismo es la fe que le anima de que la experiencia es capaz de desarrollar a través de sus propios procedi-

mientos las normas e ideales reguladores de la conducta". "Sostiene que no es la tradición ni el precedente, sino el movimiento de la experiencia en respuesta a condiciones cambiantes y a un conocimiento en constante expansión, lo que constituye el criterio tanto de la verdad como del valor". Podrían multiplicarse las citas sin otro esfuerzo que el de hojear algunas publicaciones pedagógicas de nuestro medio, de las cuales han sido tomados los ejemplos anteriores. Sin pronunciarse sobre el contenido mismo de estas ideas, se ve claramente que implican una negación o una completa subestimación de los estudios clásicos. ¿Qué interés puede existir, en efecto, por una cultura dos veces milenaria cuando se reniega de la tradición y el precedente? ¿Qué importancia puede tener la experiencia de millones de hombres a través de miles de años, cuando lo importante es la experiencia ordinaria?

Ha sido, pues, la aplicación sostenida y defendida de una filosofía educacional experimentalista la que ha reducido los estudios clásicos a una mínima expresión en nuestra patria. Porque, es cierto que existe un Departamento de Filología Clásica en el Instituto Pedagógico de la Universidad, de Chile; que los futuros profesores de castellano e idiomas aprenden latín durante tres años, y que en algunos liceos fiscales y colegios particulares hay, a veces, cursos de latín; pero no es menos cierto e innegable que los estudios clásicos no constituyen hoy para nosotros una fuerza viva y operante. La causa de esta falta de vitalidad, forzosamente, tiene que ser buscada en la educación secundaria. Si nuestras Humanidades no inician al alumno en estos estudios, los esfuerzos de nuestras universidades serán ciertamente vanos.

### III

Planteaba la situación actual de los estudios clásicos en Chile, y señaladas las grandes líneas del desarrollo histórico de este estado de cosas, creemos que ya se puede formular en su justa perspectiva la pregunta fundamental: ¿Es necesario enseñar latín en Chile? ¿Es necesario verdaderamente reincorporar el latín a nuestros cursos de "Humanidades"?

Es fácil adivinar la respuesta negativa de muchos. Los hombres de sentido práctico, los hombres de los cálculos, los partidarios del experimentalismo educacional, dirán que es inútil estudiar latín; que es una len-

gua muerta, anticuada, complicada; hay que enseñar física, matemáticas, biología, hay que informar a nuestros educandos sobre electrónica, astronáutica, progresos atómicos... Ya hay demasiadas cosas que estudiar; agregar el latín es prácticamente imposible.

Por otra parte, parece existir la respuesta de los partidarios místicos del latín: los que pondrían en su estudio la salvación de la educación chilena; los que estimarían que se debe estudiar latín y griego en todos los cursos de nuestros liceos; los que despreciarían olímpicamente a todos los desdichados mortales que ignoran la lengua del Lacio; los que restringirían el ideal humano a la cultura grecolatina, sin reconocer ninguna otra clase de valores.

Nosotros creemos que existe una tercera posición. Creemos que es necesario enseñar latín, pero sin exagerar el valor de este estudio. En las líneas que vienen trataremos de fundamentar esta posición.

Para probar la necesidad de enseñar latín, se suelen aducir los que podríamos llamar "argumentos tradicionales". Serían, entre otros, los siguientes: 1) *El latín es una excelente gimnasia intelectual*. Es efectivo. La lengua del Lacio obliga al alumno a realizar una serie de análisis muy cuidadosos; de ese modo su estudio contribuye a formar el pensamiento analítico del lector, lo que es básico en el desarrollo intelectual.

2) *El latín proporciona un mayor y mejor conocimiento del castellano*. Es innegable. El subido porcentaje de palabras castellanas derivadas directamente del latín, el carácter etimológico de la ortografía castellana, y las profundas relaciones morfológicas y sintácticas entre ambas lenguas, hacen que en el lenguaje tanto hablado como escrito, el latín contribuya a un más profundo conocimiento del castellano.

3) *El latín es un poderoso auxiliar para muchos estudios*: Ya don Andrés Bello hacía notar que nuestros estudiantes de derecho y filosofía sacarían un enorme provecho del conocimiento del latín; que los estudiantes de ciencias encontrarían en el latín el medio preciso para entender las nomenclaturas científicas en uso; que el estudio de idiomas extranjeros como el inglés, el alemán, el francés y el italiano se facilita enormemente al conocer las palabras y raíces latinas incorporadas a ellos.

4) *En todo los países occidentales verdaderamente cultos, se enseña latín*. El latín es un ramo de la enseñanza media, prácticamente, en todos los países europeos. En

EE. UU. y Canadá también existen los estudios clásicos. En Argentina, el latín se estudia tanto en la enseñanza media como en las universidades en forma rigurosa.

5) *El latín lleva a la lectura de los autores clásicos.* Este argumento es, sin duda, el más importante, pero, generalmente, no se pesa en toda profundidad. Se suele decir que bastan las traducciones existentes, y que el esfuerzo para llegar a la lectura de los clásicos es excesivo.

El conjunto de razones estudiado es, en general, válido, pero tiene un defecto fundamental: prueba en forma clara la conveniencia de enseñar latín, pero no la necesidad de reincorporar este estudio a la educación secundaria.

¿Existe, entonces, algún argumento que pruebe verdaderamente la necesidad del latín? ¿Es posible señalar razones inobjetables para incorporar la enseñanza del latín en nuestras "Humanidades" actuales, en las concretas circunstancias en que vivimos hoy? Creemos que sí.

No se trata de argumentos menudos: de ocasionales ventajas pedagógicas, de ejercicios mentales, de pequeñas ayudas en el estudio de algunos ramos. Se trata de algo más importante y trascendental: de una actitud frente a la cultura y a la historia.

Si en nombre de la experiencia ordinaria, de la utilidad evidente, del progreso de las ciencias, de la evolución social, renegamos de toda la historia de nuestra cultura, caemos de lleno en la barbarie civilizada, el más degradante de los males que puede afectar a una nación. Y esa es la tragedia que estamos viviendo, ése, el desdichado camino que hemos tomado. Cincuenta años de experimentalismo pedagógico nos están mostrando sus resultados: negación de valores, falta de ideales, carencia de aspiraciones elevadas y de principios morales.

Estamos de acuerdo, se nos dirá. Reconocemos la existencia de una crisis de valores en nuestra educación y en nuestra vida cultural, pero ¿es la enseñanza del latín una verdadera solución para estos problemas? La respuesta a esta pregunta debe ser seriamente meditada. Hay que reconocer, por una parte, que la enseñanza del latín puede coexistir con una carencia absoluta de valores fundamentales. Era lo que sucedía en el siglo pasado: se estudiaba latín para analizar problemas gramaticales y eruditos en los textos y se dejaba de lado la belleza y su calidad de documentos humanos de inapreciable valor. Por esto, hay que reconocerlo, introducir la enseñanza del latín co-

mo una disciplina auxiliar de la gramática castellana, no soluciona ningún problema, ni representa ninguna necesidad urgente.

Pero, por otra parte, si el latín es el único medio de reparar una pérdida deplorable de nuestro patrimonio cultural, si el latín es el único medio de dar su verdadero sentido a nuestras "Humanidades", entonces, su enseñanza representa una de las necesidades más urgentes de nuestra educación. No podemos olvidar, en efecto, que Europa bebió su cultura en fuentes latinas y que nosotros somos herederos de la tradición europea. No podemos desconocer la historia. Pretender vivir de nuestra experiencia ordinaria es empujarnos a horizontes hasta grados mínimos. No se trata de renegar de la circunstancia propia, sino de enriquecerla con la experiencia de una tradición filosófica, artística, literaria y vital que tiene más de 2.000 años de vigencia. Y hasta ahora no se ha encontrado otro medio, fuera del latín, para iniciar en la juventud un conocimiento verdaderamente fecundo de esta tradición clásica. Por eso es necesario el latín en la educación secundaria.

Sin el estudio del latín y, en consecuencia, sin crear una actitud verdaderamente humanista en nuestros educando, estamos lanzando a nuestro país al modesto utilitarismo de una región subdesarrollada, marginada de las grandes corrientes de la historia. Con el estudio serio y bien orientado del latín se puede hacer surgir nuevamente en Chile el fruto riquísimo de una tradición que es la fuerza misma de nuestra cultura.

Y no se crea que lo dicho es palabrería o vana ilusión retórica. Tenemos un reflejo de esta crisis en nuestras producciones literarias. ¿Por qué nuestros novelistas demuestran una falta de imaginación tan considerable? ¿Por qué algunos de nuestros autores nacionales confiesan llenos de orgullo que son incapaces de imaginar nada y que solo escriben de lo que ven (siguiendo en esto los consejos de Alone)? ¿Y en el plano social? Y en los ámbitos filosóficos, artísticos y morales, ¿no sucede acaso lo mismo? ¿No se ve que al negarle un lugar a la tradición clásica en nuestra educación, nos estamos privando de una de las más ricas fuentes de inspiración para la vida de un pueblo?

Por eso es necesario que el latín se estudie en Chile. No por el latín en sí, sino por ser el único medio de hacer renacer entre nosotros los estudios clásicos, como fuerza

vital, como fuente de valores morales y filosóficos, como fuente de contacto con el hombre a través de la historia para enriquecer nuestra experiencia de hombres de hoy.

#### IV

¿Existe algún modo concreto de reincorporar el latín a nuestra enseñanza secundaria?

Para conseguir los elevados objetivos que hemos venido señalando, no se necesita ciertamente que todos los alumnos de Humanidades estudien latín. Tampoco es necesario formar eximios latinistas; basta abrir una posibilidad. Basta iniciar a los alumnos en estos estudios, descubrir y guiar las vocaciones que broten. Para esto, basta, en nuestra opinión, un curso de Latín en los dos últimos años de Humanidades, destinado a aquellos alumnos que se interesen especialmente por los asuntos humanísticos o deseen seguir alguna carrera relacionada con ellos. Esto no significa ningún cambio gravoso en la actual organización escolar;

los beneficios, en cambio, pueden ser inmensos.

La idea de dedicar un curso al estudio del latín, privándolo del francés, se ha demostrado inconveniente por muchos motivos, a través de diez años de experiencia en el Liceo Experimental "Manuel de Salas".

El primer paso en este plan debería ser el fomentar entre los alumnos de Castellano e Idiomas del Instituto Pedagógico el interés por estudiar Filología Clásica, después de sus tres años normales de latín. En seguida habría que pensar en dar alguna especie de reconocimiento a dichos estudios. Así se podría contar a corto plazo con un número suficiente de profesores debidamente preparados para enseñar estas materias.

Si se logra reincorporar el latín a la enseñanza secundaria, estamos seguros que en pocos años surgirán vocaciones auténticas de estudiosos de la antigüedad clásica, y a través del Departamento ya existente, o de algún otro organismo superior, se podrá ir inyectando en la vida de nuestra cultura la rica savia de la sabiduría antigua.